

## **ARTE REVOLUCIONARIO**

LA RAZÓN. LUNES 24 DE FEBRERO DE 2003

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las vanguardias artísticas han sido víctimas de una lamentable confusión. Se creyeron revolucionarias por el mero hecho de que inauguraban estilos sin precedentes en la tradición. Pero una cosa es la revolución en el arte y otra muy distinta el arte de la revolución. Las artes plásticas no se diferencian en este aspecto de las literarias. Los artistas nunca pueden ser revolucionarios por el modo de decir las cosas, sino por las cosas que digan. Y el estilo sólo expresa el modo personal de decir las cosas. Preguntado Degas por esta cuestión, respondió que en la pintura de Courbet no se veía su credo anarquista.

Esto no significa que el estilo sea indiferente a la ideología del artista. Pues el modo personal de expresar emociones corresponde por lo general a la naturaleza del sentimiento que las despierta. Una declaración de amor no se hace con una arenga. David pinta en un estilo clásico porque su idea de la Revolución francesa responde al ideal de la República romana. La novedad de su expresión revolucionaria está en el tema iconográfico. Malevich pinta en un estilo geométrico, sin referencias a nada real, porque su idea de la Revolución rusa es mística e irreal. Su novedad artística está en la abstracción del cuadrado, un signo insignificante pues lo mismo sirve para simbolizar la sociedad de una sola clase que las paredes de una checa.

La confusión del estilo con un ideal político, no expresado en la iconografía, comenzó con el cubismo y sus dos derivaciones futuristas: la metafísica italiana y la suprematista rusa. La primera fue abrazada por el fascismo. La segunda, por el soviétismo. Sin conocer las enseñanzas del joven Lukacs y Gramsci, la izquierda intelectual creyó que el estilo abstracto era políticamente revolucionario y el figurativo, conservador. Cuando está demostrado que el único movimiento contestatario del sistema político en toda la historia del arte, el dadaísmo, fue de carácter figurativo, y que la abstracción geométrica o la informal jamás ponen en cuestión, ni podrán hacerlo a causa de su insignificancia simbólica, el orden injusto de la sociedad donde prosperan.

En consonancia con este error ideológico, la mayoría de la crítica considera que la abstracción supone la última fase de la evolución del arte hacia la expresión de la razón. Y que por eso los artistas plásticos comienzan, en su juventud, con representaciones figurativas del mundo de los fenómenos percibidos por los sentidos y terminan, en su madurez, con abstracciones geométricas o amorfas del mundo de la razón pura.

Prescindiendo de la idiotez de esta grosera deformación de la filosofía de Kant, Schopenhauer y Husserl, la apología del arte abstracto no sólo ignora que la razón justificativa del arte está recluida en el mundo de las intuiciones y los sentimientos, y que la mayor parte de los artistas abstractos acaban volviendo a la figuración, sino que la función de la razón apodíctica o científica en el arte (perspectiva, óptica, luz, color, sonido, armonía, etcétera), a diferencia de lo que sucede en ciencia y filosofía, sólo atañe al medio expresivo y no a la finalidad de la expresión.

Un arte de la razón implicaría una contradicción en los términos, algo inconciliable, un imposible, o sea, una idea tan absurda como la de un arte abstracto de la revolución. Las utopías literarias pueden ser bellas y progresistas. Las utopías políticas, por ser irrealizables, refuerzan el orden injusto que denuncian. Las utopías de la abstracción en las artes gráficas, si no son simbólicas de algún sueño de la razón o del sentimiento, no pueden alcanzar el nivel de las bellas artes porque no traspasan el umbral de la simple decoración. Y embellecer las fachadas de lo feo ha sido desde siempre la misión primordial de las ideologías reaccionarias.

Cuando el arte abstracto no simboliza nada, ni decora algún bello espectáculo, manifiesta las habilidades artesanas de los ingenios de la reacción.